

El Claribalte de Oviedo

por ANTONELLO GERBI

1. Carácter del Claribalte y su ubicación en la obra del Cronista.— 2. Bibliografía del Claribalte.— 3. Resumen del Argumento.— 4. Huellas de la Personalidad de Oviedo en la Obra.— 5. Anacronismos de la Novela.— 6. Reminiscencias Literarias y Geográficas.— 7. Dedicatoria a don Fernando de Aragón, Duque de Calabria.— 8. Prisión del Duque de Calabria.— 9. Oviedo y el Duque.

1) La Novela caballeresca de don Claribalte es una de aquellas obras irritantes que plantean más problemas, provocan más expectativas y dejan a uno con más dudas de lo que estaría justificado por su valor intrínseco. Renegada formalmente por su mismo autor, don Gonzalo Hernández de Oviedo, el *Claribalte* es de veras algo muy pobre. Pero, aparecido en 1519, merece cierta atención por ser la primera obra publicada por Oviedo, que tenía entonces más de cuarenta años y que había escrito bastante, sea como secretario de algunos altos personajes, sea por su cuenta, ya que desde su mocedad había empezado a recoger datos y noticias para una crónica de España desde 1490 en adelante (1), y luego, durante su primera breve permanencia en América (desde junio de 1514 a octubre de 1515) había tomado apuntes de sus experiencias en el Nuevo Mundo.

El libro que inmediatamente le sigue es el famoso *Sumario* de 1526, quizás su obra maestra, y de todas maneras tan superior al *Claribalte* bajo cualquier aspecto, tan diferente en el punto de vista, en el argumento y en el tono, que hace dudar que sea del mismo autor. Esta duda recibe un comienzo de confirmación con el hecho de que *Claribalte* está firmado por Gonzalo Fernández de Oviedo "alias de Sobrepeña, vecino de la noble villa de Madrid", y no por Gonzalo Fernández de Oviedo "alias de Valdez", como todas las obras del cronista. Pero la duda no resiste frente a la acumulación de pruebas

(1) *Sumario*, ed. Rivadaneira, 471.

externas e internas que la destruyen y devuelven al futuro historiador y descriptor de las Indias la paternidad de esta novela.

El mismo, después de habernos narrado con una ficción convencional que encontró su historia en el remoto reino de Phirolt, que se la hizo explicar por un intérprete tártaro (2) y le dió forma castellana, añade que “despues, estando yo en la India et postrera parte acidental qu’ al presente se sabe, donde fuí por veedor de las fundiciones de oro. . . escrevi más largamente aquesta crónica sin olvidar ninguna cosa de lo sustancial della, continuando la senten- cia ystorial en este estilo o manera de decir que no es tan breve como primero estava” (II, r.).

También esta afirmación tiene que ser aceptada con reserva, porque en la segunda parte de la novela son tan frecuentes los nombres geográficos de localidades visitadas por Oviedo en 1516, que parece extremadamente verosímil que él la haya escrito después de su viaje a Flandes (3). Sin embargo, da un poco de pena renunciar a tener como enteramente veraz aquella afirmación, porque, si fuera del todo cierta, haría del *Claribalte* la primera obra literaria compuesta (1514-1515) en tierras de América y anterior aún a aquel famoso *Itinerarium ad regiones sub equinoctiale plaga constitutas*, que Ales- sandro Geraldini, obispo de Santo Domingo, escribió en 1520 (y que por lo demás sólo se publicaba en Roma en 1631) (4).

Desgraciadamente la lectura del *Claribalte* no revela ninguna influencia “americana”, ningún eco de aquella primera estancia de Oviedo en las Indias, salvo quizás el uso de la palabra *yerbas* como sinónimo de veneno (5); y queda, pues, colgada en el aire la aserción de un reciente estudioso, según el cual Oviedo “tradujo” el *Claribalte* “cuando todavía los hechos militares y su primitiva visión del Nuevo Mundo le llenaban el alma de las ficciones caballerescas tan en boca a la sazón” (5 bis). No, el entusiasmo de Oviedo ante la visión de América debía expresarse dentro de poco en forma más congruente y satis-

(2) Aunque el *Claribalte*, que Oviedo atribuye repetidamente al “Coronista Listario” (XIII r., XLII v., XLIV v., LVI r., LXVIII v.), sea citado a menudo como una traducción, sobre la fe del frontispicio (“nuevamente imprimido e venido a esta lengua castellana”) y del prólogo (“nuevamente escrito y venido a noticia de la lengua castellana”), se trata evidentemente de una obra original. (El versículo final lo dice, LXXXI v.: “obra gentil y nueva”). AMADOR DE LOS RIOS, que todavía lo creía una traducción cuando escribía su conocida biografía de Oviedo (1851), lo reconoce por original en su *Historia Crítica de la Literatura Española*, v. VII (Madrid, 1875), 386-7, n. 2. Estudiosos más familiarizados que yo con la literatura de este género podrán encontrar fácilmente “fuentes” y derivaciones. Pero no obstante los epígrafes, Oviedo por cierto lo consideraba una creación suya original. Recordamos que otra obra de Oviedo, las *Reglas de la Vida Espiritual y Secreta Theologia* (Sevilla, 1548) siempre se encuentra citada como traducción del italiano, aunque nunca se haya podido precisar cuál sea su texto original.

(3) También AMADOR DE LOS RIOS, (I, xxix, lxxxv) asigna a la “traducción” del *Claribalte* al año 1517, sin dar razones.

(4) HENRIQUEZ UREÑA, P., *Literary Currents in Hispanic America*, Cambridge, 1945, 12, 207, quien dice de Geraldini “probably the first man to write Latin verse and prose in the Americas”.

(5) “El Emperador creyó que le avian seydo dadas hiervas” (LXX v.). En la *Historia* y en las otras obras de Oviedo, “hierva significa siempre el veneno con el cual los indígenas hacían más letales sus flechas Cf. MORINIGO, M. A., *América en el Teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, 1946, 128-9.

factoria. El *Claribalte* parece de veras un mero pasatiempo, un ejercicio no demasiado pesado para quien tenía desde hacía tantos años familiaridad con las letras, combinado (según veremos dentro de poco) con un discreto homenaje y augurio para un príncipe en desgracia, de quien se declara devoto y fiel servidor.

2) Sea que Oviedo se arrepintiera de este gesto de lealtad hacia un antiguo señor que Carlos V retenía en dorado cautiverio; sea que, enaltecido y orgulloso de su alta misión de historiador, quisiera deliberadamente olvidar las bagatelas de la ficción caballeresca, es un hecho que Oviedo, no sólo se abstuvo siempre de mencionar el *Claribalte* (él que con tanta frecuencia cita las otras obras suyas, editadas e inéditas), sino que, como se sabe, muchas veces con oportunidad, y sin ella, vituperó conjuntamente a los escritores y a los lectores de poemas y romances de caballería, ora porque contienen ilusorias mentiras, ora porque hacen perder un tiempo precioso.

No sorprende, pues, que *Claribalte* haya quedado casi desconocido, salvo a los bibliógrafos (6), mientras sí sorprende que le tocara el honor de una segunda edición durante la vida de su autor, cuando, como sabemos, de todos los otros escritos de Oviedo, sólo la primera parte de la *Historia Natural y General* era reimpresa antes que él muriera.

Ningún repertorio bibliográfico menciona esta segunda edición del *Claribalte*, de la que sólo tengo noticia por el catálogo de un librero de viejo. El título transcrito en él es prácticamente idéntico al de la única edición conocida, que se terminó de imprimir en Valencia a XXX de mayo por Juan Vínao en MDXIX; pero el colofón dice en lugar de ello "en Sevilla en casa de Andrés de Burgos, a X días de diziembre. Año de mil y quinientos y quarenta y cinco" (7). El nombre de aquel impresor no figura en ninguna otra obra de Oviedo. Y el autor, que había vuelto a las Indias ya desde el 11 de enero de 1536, sólo regresaba a España en la segunda mitad de 1546. Aún más, en ese año de 1545 Oviedo empezaba la redacción de sus *Moralísticas Quinquagenas*, en las que son particularmente numerosos los vituperios para aquella literatura de

(5 bis) G. O. M. (Gustavo Otero Muñoz), "Galería de Historiadores Neogranadinos - Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdes", *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, XXI (1934), p. 3, quien extrañamente considera las seniles *Quinquagenas* de Oviedo como "la primera obra de ingenio compuesta en el Nuevo Mundo".

(6) El único, que yo sepa, que demuestra haber ido más allá del título, sin limitarse a contar las hojas y transcribir el colofón, es Ventura GARCIA CALDERON, *Vale un Perú*, París, 1939, 43-46 (cf. p. 34).

(7) El catálogo (*The Dolphin Bookshop*, Oxford, 1941, *Cat. of Old Spanish Books*, n. 119) no indica el número de las páginas, ni proporciona otros elementos que permitan establecer si se trata de una reimpresión, de una nueva edición, o quizás tan sólo de una nueva carátula, aplicada a algunos ejemplares no vendidos de la primera edición. Se limita a decir que el libro es "extremely rare... not mentioned in any bibliography", y pide por eso la suma relativamente modesta de ocho guineas. También la edición de 1509 es rara: no figura en el *Union Catalogue*, salvo en una copia fotostática, en la *Library of Congress*, hecha sobre un ejemplar de la Biblioteca Nacional de París (que la obtuvo de la *Bibliothèque du Roi*, que, a su vez, la obtuvo de la biblioteca de Colbert). Sobre la fotocopia de la *Library of Congress* fué hecha la fotocopia obsequiada a la Biblioteca Nacional de Lima.

“alvañares” que son los Amadís, los Orlandos y los Guerrin Meschini (8). La edición del *Claribalte* de 1545 representa, pues, otro de los muchos enigmas de la bibliografía de Oviedo.

3) No sabemos, sinceramente, si el argumento del *Claribalte* valga siquiera un breve resumen. El Príncipe don Félix sale de incógnito de su corte de Albania y pasa a Londres, donde toma parte en un torneo y cautiva el corazón de la hija del rey, de la cual él también se enamora. Da amplias pruebas de valor y de sabiduría, y se celebran en secreto las bodas. Pero en seguida el inquieto Claribalte llega a saber que están por iniciarse en Albania otras fiestas de armas, y secretamente sale otra vez para su tierra, con el consentimiento de su esposa, de los suegros y del “Gran Sacerdote de Apolo”, sin olvidar, durante el viaje, la devoción a su esposa mediante el envío de cartas y de caballeros vencidos y capturados. En Albania, don Félix, alias Claribalte, alias “el Caballero de la Rosa”, hace prodigios y gana todos los premios; se da a conocer a sus padres, y luego parte sin despedirse de nadie. En Sicilia encuentra cuatro nigromantes, el más joven de los cuales tenía doscientos años. Es aprisionado y se libera de la cárcel en Messina. Mata un gigante y bajo el nombre de “Caballero de la Fortuna” desafía, vence y captura al malvado emperador de Constantinopla y es proclamado heredero del imperio. Pero también de allí se marcha, y mientras su esposa, en Londres, se encuentra defendida por un caballero desconocido, don Claribalte naufraga, vaga perdido por los mares y al fin es encontrado otra vez vestido de marinero. Vuelve triunfalmente a Londres y se celebran al fin bodas públicas y solemnes. Una corta campaña militar contra el rey de Francia, que es vencido y apresado, y algunos arreglos territoriales y dinásticos con el emperador de Constantinopla concluyen esta “primera parte de la Cronica del Caballero de la Fortuna” o primero libro o parte de la historia et cronica del emperador don Félix (LXXI rev.). El todo está condimentado con las acciones para los confidentes y secuaces, con equivocaciones menores, epístolas de lindo estilo, y en suma con todos los adminículos reglamentarios de este género literario.

4) El protagonista, Claribalte, apenas si se distingue de los héroes convencionales de la novela caballeresca. Pero en sus escasos rasgos típicos se pueden reconocer algunas huellas personales de Oviedo. Claribalte es políglota: “era ser muy bien hablado en diversas lenguas entre las cuales la Francesa assi hablava como si en Paris se criara (V, r 2; V v. 2) . . . tan diestro era don Félix en aquella lengua (inglesa) como en la d’Albania (como quiera que pensando averla más menester mejor procuró de saberla) (VI r 2) . . . era tan maravillosamente hablado en diversas lenguas (XXV v 2)”,— un rasgo realista y típico de aquellos tiempos, en los que las comunicaciones y los viajes eran más frecuentes que en el mítico medioevo del ciclo bretón. Clari-

(8) *Quinquagenas*, ed. V. DE LA FUENTE, I (Madrid 1880), 191, 233, 484, 535, etc. Acerca de la fecha de iniciación de las *Quinquagenas*, v. ibi, 96.

balte adopta para escaparse una estratagema de las menos caballerescas: "como fué en tierra se apartó en manera de querer proveerse de lo que los hombres no pueden escusar" (LVIII, r 2). Como el Almagro idealizado por Oviedo el cronista, Claribalte "el cavallero de la rosa nunca desseó ni quiso tesoros sino para repartirlos" (XLII v 2); y reparte los 53,000 marcos ganados en el torneo con una minucia distribuidora y una precisión contable que revelan la experiencia de Oviedo el contador (XLVII v 1).

Aún aquel humor discreto y cortesano que adornara las páginas de la obra mayor de Oviedo ya aparece en algún pasaje de *Claribalte*, y alivia un poco su grave monotonía. El caballero baila con la hija del Rey, y baila, naturalmente, "bien en extremo, aunque en la verdad si alguna vez parecía que salían del tiempo luego lo cobravan puesto que los nuevos cuydados o amor que ellos estaban, a veces los hacía exceder en los passos a cuenta de lo que danzaban, pero tan desacordadamente que dexasse de parecer bien aquello, porque luego tornavan a tomar el tiempo, antes los que los miravan creyan qu'adrede se hazia por mostrar cada uno dellos quan gentil danzador era" (XXII, v. 1). Sobrecogida por una confusión amorosa no menor, la princesa no logra dormir, y se desahoga con su confidente, y quiere escribir al caballero, "et muchas vezes tomó la péñola y el papel en las manos para escrevirle, et quantas vezes lo comenzaba, tantas lo tornava a borrar, et dezia que su alegría la tenía tan ufana que no acertaba a dezir cosa de las que quería" (XXVIII r 1) (9). Luego de haberse unido en matrimonio clandestino, los dos se ven con frecuencia "para que de despossados fuessen marido y mujer, o a lo menos passassen obras de casados", así que, mientras los confidentes simulan no ver y no oír, la princesa "se empreñó de un hijo" (XXXI v 2; cfr. la alusión de página XXXIII r 2)... Cuando ella escribe al caballero ausente, anota con malicia que "el reverendo gran sacerdote no escribe porque su letra es como su edad" (XXXVIII r v). Y cuando los dos finalmente se reúnen, en la víspera de las bodas solemnes y públicas, "e don Félix se acostó essa misma noche con la Princesa su esposa... el día siguiente no tuvo don Félix mucho cuidado de madrugar ni aún la princesa de acordarle que se levantasse"... (LXIV, r 1).

5) Aún más a menudo que por estas deliberadas quiñadas, nos toca a veces sonreír por los fantásticos anacronismos de la novela. Su acción se desarrolla en tiempos de un incierto paganismo. Venus, Apolo y Júpiter aunque ellos mismos son mencionados a menudo como "perlados" (10). Asimismo las monjas son en realidad bacantes: "tu padre tiene un hijo que ovo en una religiosa de la orden de Baco" (XLIX, v.). Una vez al menos, Oviedo indica

(9) Otros pasajes de ligera broma o ironía: XXIII r., 2; XXVIII v., 2; LII v., 1; etc.

(10) "Una ymagen de Venus" (XXII v. 2; XXIII r. 2); "Por la venerable Venus o por alguna santa dea con quien toviessse devoción" (XXIII v. 1); "Gran sacerdote de Apolo" (XX r. 1; LXX r. 1); Milán "la cual en aquel tiempo se llamava la Población de Jupiter" (LXX v., 2). "Perlados", por ejemplo, en LVIII r., 1; LXIV v., 2; LXVIII v., 2; LXX r., 2 y v., 1.

con precisión que su historia "fué en tiempo de Laumedonte rey de Troya, et algunos quieren dezir que antes" (LXX, v. 1). Pronto descubrimos maravillosos que en aquella era mitológica existían servicios de postillones ("don Félix y Laterio... se fueron por postas fuera del reyno": V r 2) y de mensajeros postales ("los correos andan más que los caballos": XXXIX, r. 1; cfr. LXX, r. 1); que se usaban espingardas, ballestas y hasta "muy buena Artillería" (LV, r-v); que los mares estaban plagados por "naves de corsarios" (LVII, v. 2); que las ventanas del palacio del rey de Inglaterra "tenía delante una jelsosía" (XXIV v. 1), y las damas inglesas iban al templo "atapadas" (XXVIII r. 2); que las bodas se festejaban con "maravillosos fuegos e ylluminarias" (LXIII r. 2), y los pagos se efectuaban ¡mediante letras sobre Londres! "Despachó sus letras para que aquella suma (5,000 marcos) toda se la truxesse del monesterio donde había quedado et se pusiesse en cambios para Londres, et assi se hizo et dentro de dos meses todo se pagó enteramente en la ciudad de Londres" (LXVI, r. 2).

6) Las reminiscencias literarias y geográficas, estas últimas en particular, porque las primeras son muy escasas, resultan por lo comun más exactas y entonadas. No hay duda que reflejan lecturas efectuadas y, en parte al menos, viajes realizados y en época reciente. Petrarca es citado en el prólogo, a propósito de la vanidad de disputarse los reinos (II v); y parece reconocerse un eco de su canción a Italia ("Virtu contra furor prenderá l'arme") en la descripción de un torneo: "assi la virtud et furor crecchia en los cavalteros" (XLV, r. 1), así como se oye quizá un eco dantesco en la expresión: "Ningun dolor me parece que hay igual..." (XII v-2).

Cristóforo Landino, el famoso comentador de Dante, es citado explícitamente a propósito de la cronología de Troya, de Roma y de Cristo (LXX, v. 2). Y también por una cuestión de cronología, la mayor antigüedad de los tártaros respecto de los egipcios, Oviedo cita al único autor clásico que encontramos en el Claribalte, Justino en su comentario a Trogo (II v.) (11).

En cuanto a nociones geográficas, la primera parte de la obra se distingue netamente de la segunda; siendo la primera muy escasa de nombres precisos de lugares, salvo los de Europa, Inglaterra, Albania, Francia, Italia, Calais, y con sólo una referencia indirecta a Milán ("Urial hijo del Duque de Millán", VII, v, 1); y hasta con un blanco en lugar del nombre de una ciudad de Albania ("un monesterio de monjes dos millas que es media legua de la ciudad de donde el rey residía", XL r 1). De los griegos se dice genéricamente "que es la gente del mundo que oy más sabe y de la más valerosa" (XVI r 2), y de Italia que "es la mejor (tierra) del mundo" y "la mas belicosa y prospera que en el a la sazón había" (XL r. 2 (12)).

(11). Algún antiguo "emperador",- Alejandro Magno, Julio César, Octaviano, Nerva, Diocleciano,- es mencionado de paso (II r.; v. 1).

(12) Más adelante se rinde a Claribalte, después de la Saboya y Milán, "todo lo restante de Ytalia sin romper lanza" (LXIX r., 1), en una expresión en la que nos parece notar una reminiscencia de la famosa campaña de Carlos VIII y de los chistes que la comentaron.

Pero desde la mitad del libro en adelante los nombres de lugares se hacen más frecuentes y detallados, y confieren a la narración un acento espúrio de realismo y de autenticidad. Si bien Roma siempre es llamada Setorma (LXIX r I, v 2), encontramos por el contrario mencionadas por sus nombres Milán ("Duque de Millan", LXVIII, r. 1 y LXX, v. 2), Venecia con un confuso relato de sus orígenes (LXX r, v) (13); y, junto a Sicilia "la ysla triangular que modernamente se llama Secilia" (XLIX, r. 1) y a un mar "Arquinió, alias Jonio, que agora se llama Adriático" (ibi), encontramos varias ciudades del extremo mediodía de Italia, tales como Messina ("Lanteria que agora se llama Mecina" LI, r. 2) Brindisi y Nápoles (LXIX, r. 2 y v. 1) y un incierto "puerto de Galipoli, el cual es en el imperio de Constantinople" (LII, v. 1).

No faltan, junto a las reminiscencias italianas, las de la península ibérica, o por lo menos de su periferia marítima: desde Narbona (veinte leguas dentro de Francia, pero tomada y quemada por el rey de España: LXIX, r. 1) hasta Gibraltar, "la puerta et angostura del gran mar Oceano que agora se llama estrecho de Gibraltar" (LVII, r. 1), aquel "Cabo del Occidente que es el que agora se llama de finisterre en España", y a aquel vecino "puerto que se llamaba La Curna que es el que agora llaman La Coruña" (LVII r.) (14). Y, dejando las orillas de Europa por seguir el curso del sol, pasamos por las Canarias, —"Las yslas de los canes"—, anclando "en la mayor dellas que es la que llamamos agora Gran Canaria" (LVIII, v. 1), y más lejos por "una de las yslas perdidas que agora se llaman de Cabo Verde" tocando "puerto en la ysla del Fuego" (LVII, v. 2).

Pero, como se ha dicho, en esta última parte del *Claribalte* aparecen con particular frecuencia los nombres de lugares de Inglaterra meridional y de Flandes, que Oviedo vió en 1516. Dejamos a un lado Dover, recordado por lo menos una media docena de veces (15). Con uno u otro personaje, pasamos "las yslas de Sorlinga cerca de Inglaterra" (XLIX, r. 2; LXXII, r. 2) (16) la isla de Wight ("la ysla duyç qu'es en la costa de Inglaterra", LVIII, r. 2, la que protege la entrada al puerto de Southampton ("un puerto que se llamaba tona qu'agora llaman Antona": LVIII, r. 2; LXII r. 2; LXIII, r. 2-v. 1); los puertos de la Cornualla, Falmouth y Plymouth ("Falamaua et Emplemua et Cornualla", LXII, r. 2) y los puertos de La Mancha, "las Dunas" cerca de

(13) "Venecia. La qual no en el agua como agora está, mas junto a la costa de la mar era fundada et no menos poderosa et de grande pueblo que agora tiene. Pero con otro nombre estava et deziasse La Pola" (Pola de Istria, capturada por los Venecianos en 1148?) (LXX r.-v.).

(14) Oviedo, en su viaje de 1516 desembarcó en La Coruña, donde visitó la casa del Apóstol Santiago (*Hist. Nat. y Gen.*, XXIX, 11; ed. cit., III, . . .).

(15) XXV v. 1. ("passo de Dobra"); XXXVII r. 2 ("villa de Dobra"); XXXVIII v. 2; LXII r. 2; LXIII r. 2 y v. 1; LXVIII v. 2 ("castillo de Dobra").

(16) Por lo que narra Oviedo, que, rechazados del "canal de Flandes" pudieron llegar a duras penas a una isleta del archipiélago de Corlinga, donde vivieron miserablemente ocho días; desde donde veían la costa de Inglaterra y seis o siete lugares; y tal que, si no la hubieran alcanzada, habrían debido dar la vuelta a Irlanda (*Hist. Nat. y Gen.*, 1 c., cit. en AMADOR DE LOS RIOS, xxvii), cabe suponer que Sorlinga o Corlinga sea una de las islas Scilly, o quizás una de las islas Normandas (Guernesey?).

Dover (LVIII r. 1), y Gravelines cerca de Calais ("los llanos de Gravelingas que es del Condado de Flandes y está a dos leguas de Calais", LVII, v. 2), además de la misma Calais, por supuesto, muchas veces (17), y Boulogne, y Guines ("Guinez") y Hamoz (Ham? y Armentières?) y la ilustre ciudad de Tournay (LXVIII, r. 1). Las impresiones del viaje a Bruselas, más frescas que las de la permanencia en América y más entonadas al argumento caballeresco, dejan en la novela de *Claribalte* una huella verbal indiscutible.

7) Con todo, la dedicatoria es la parte más interesante de este poema en prosa. Oviedo ofrece esta primera publicación suya "al serenísimo señor don Fernando de Aragón, duque de Calabria" como un pasatiempo, una distracción y como estímulo para esperar con confianza (II, r. y v). Estas intenciones son expresadas tan abiertamente que muchas veces, el lector del *Claribalte*, se inclina casi a ver en las aventuras del caballero una alusión y una alegoría de las desgracias sufridas y de las ambiciones cultivadas en secreto por don Fernando.

Fernando de Aragón era el hijo mayor del desdichado último rey de la dinastía aragonesa de Nápoles, don Federico, de quien Oviedo fué secuaz fiel y a cuya hermana acompañó en el destierro (1501-2). Cuando los franceses y los españoles se pusieron de acuerdo para dividirse el reino de Nápoles y el Gran Capitán intimó al rey Federico de ceder frente a fuerzas tan avasalladoras, Oviedo estaba presente en la Corte del Rey, y nos relata que todos estallaron en llanto (4 de Julio de 1501) y que el rey pasó con sus galeras a la isla de Ischia "que es muy fuerte cosa".

Allí, en aquella pequeña isla de maravillas y de terrores, de sol y de azul, de fuentes taumatúrgicas y de ruinosos terremotos, se reunió como en una isla encantada una pequeña corte shakespeariana. No había, por cierto, el Duque Próspero, pero el espíritu de Ariel estaba presente entre los familiares del rey altivo y derrotado, rodado por el poeta Sannazaro, por niños y por mujeres, por los pequeños infantes don Alonso y don César y por cuatro muy ilustres señoras, un verdadero poker de damas, formado por la Reina de Hungría, la Duquesa de Milán, la futura Reina de Polonia y la "señora Escandarlega", ex-reina de Albania (17 bis). En Nápoles, mientras tanto, el pueblo dramatizaba la desgracia del rey con un cuarteto semi macarrónico, que Oviedo recordará (1548) en tierra de América, comparándolo con las canciones épicas y quejumbrosas de los salvajes:

*"A la mia gran pena forte
Dolorosa, aflicta et rea*

(17) Ya en el comienzo: "Cales que a la sazón se llamava passo" (VI r. 2); y luego XXXV r. 2; y LXVII v. 2 ("Cales que a la sazón era de Franceses et no tan fuerte ni importante cosa como es el presente"); LXVIII r. 1 ("a la sazón no era Cales tan fuerte cosa como es agora"); y LXXI r. 2 ("que Cales quedasse con Inglaterra").

(17 bis) *Cronicas del Gran Capitan*, por A. RODRIGUEZ VILLA, Madrid, 1908, lxii-lxiv (testos de Oviedo).

*Diviserunt vestem mea
Et super eam miserunt sorte* (18)

Desde Ischia "la reina joven, hermana del Rey, se pasó a Sicilia con cierta armada que el Gran Capitán envió por ella por mandato de los Reyes Católicos" y Oviedo la acompañó, por orden cariñosa del rey Federico, primero a Palermo, y luego en España (1502), desde donde él no regresaría ya más a Italia.

Pero no es este el único episodio por el cual la caída de la dinastía aragonesa conmovía profundamente a Oviedo y casi se identificaba con una fase decisiva de su misma vida. En el momento de la catástrofe, el hijo mayor del rey, de trece años de edad, Fernando de Aragón, Duque de Calabria (título tradicional de los herederos al trono de Nápoles), prestaba juramento, en presencia de Oviedo, como heredero eventual del trono (19), y corría a encerrarse en la fortaleza de Taranto, donde quedaba sitiado por las tropas del Gran Capitán (20). El padre salía de Ischia para refugiarse en Francia, donde esperaba encontrar ayuda para reconquistar su reino, y pocos meses más tarde Taranto se rendía (1º de marzo de 1502) a Gonzalo Fernández de Córdoba, estipulándose solemnemente en los pactos de la capitulación que el joven príncipe don Fernando debía ser dejado en libertad.

8) Esta cláusula, sin embargo, no era respetada. Por orden del Rey Católico,- temeroso del peligro que podía representar la libertad del heredero legítimo del trono de Nápoles, tanto más cuando su padre estaba libre y activo en el destierro de Francia,- el joven príncipe era enviado como prisionero a España. En la literatura historiográfica y política de aquel tiempo, esta flagrante violación de un pacto jurado sobre la Hostia Consagrada fué comentada con escándalo y sorpresas y sutiles argumentos. No parecía creíble que un caballero tan famoso como el Gran Capitán faltara tan descaradamente a una promesa pública y solemne. Y se vió en el joven Duque de Calabria una víctima de la política tortuosa y sospechosa del Rey Católico; y su cabeza fué aureolada por aquella misma luz de sublime desgracia que, tres siglos más tarde, iba a alumbrar la figura del Duque de Enghien (21).

Por supuesto, de parte de los españoles se hizo de todo para lavar al Gran Capitán de aquella mancha. Pero él mismo al escribir a sus soberanos el 1º de mayo de 1502, decía que don Fernando "estaba en deseo de remitirse a V. A", pero por la intervención de sus allegados", "mudó propósito"; que el mismo don Gonzalo, le ofreció 20, luego 25 y luego 30,000 ducados, sin

(18) *Hist. Nat. y Gen.*, V. 1 (e. c. I, 129 a).

(19) OVIEDO, *Quinquagenas*, pasaje transcrito en CESAREO FERNANDEZ DURO, *La mujer Española en Indias*, Madrid, 1902, 37.

(20) Detalles en M. CAPILA, *Crónica General del Gran Capitán*, e. c., cap. 22, 30, e. c., p. 83, 93-4; y en la anónima *Cron. Ms. del Gran Capitan*, III, 26, e. c., p. 320-1.

(21) Cf. GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, V, 3; ed. Florencia, 1835, 189, c. 2; Cambridge Modern History, I, 124; PRESCOTT, W. H. *History of Ferdinand and Isabella*, ed. J. Foster Kirk, Philadelphia, 1872, III, 25-6, 30-4, 397.

intención de pagárselos, “más por detenerle que por darselos”, y mientras tanto ganar tiempo; y que, conociendo él la situación del reino y el “ansia de los franceses por llevar á este mozo”, no lo dejó partir, antes bien “por buena manera entretuvo al Duque á su placer por doce días que no se partiese”, hasta que finalmente recibió instrucciones precisas de los soberanos y decidió “no dexarle ir en ninguna manera”, por lo que le hizo aquel ofrecimiento, puesto que “sin atrevernos á lo que le era prometido en los capítulos de Taranto no se pudiera facer de otra manera”, pero, pierda cuidado el Rey Católico, que no tendrá que pagar ninguna suma, porque don Federico no aprobará el acuerdo e insistirá en pedir la libertad del hijo.

La carta continúa con singular cinismo: “la quedada del Duque digo que es necesaria en nuestro poder, e yo así la entiendo sostener e porfiar cuanto podre fasta ver mandamiento en contrario de V. AA”, y hasta recuerda explícitamente que “cuando se capituló con el Duque su salida de Taranto”, el Gran Capitán le dió dos rehenes, “dos rehenes que yo diese hasta que el Duque fuese fuera de sus provincias”, y como aún aquella garantía resultara vana para el Duque (22).

Frente a tan abiertas admisiones, o mejor dicho, frente a reinvidicaciones tan orgullosas, al punto que la prisión del Duque parece haber sido de iniciativa exclusiva del Gran Capitán, las defensas de los cronistas españoles resultan singularmente frágiles: por ejemplo aquella del autor anónimo de la *Historia del Gran Capitán*, quien niega que Gonzalo Fernández de Córdoba haya nunca formulado aquella promesa, y pone en relieve la benevolencia con que los soberanos de España trataron más tarde al Duque don Fernando, y considera mal informado a Giovio (23), quien, por el contrario, atestigua la falta de palabra del general español, y habla de engaño y de traición, y hace responsable al Católico de haber obligado al Gran Capitán a hacer “cosas poco honestas” (24).

Pero también Giovio dice que en España el Príncipe fué puesto “en una libre y honrada prisión”, y de hecho su cautiverio fué una verdadera jaula de oro. Pedro Mártir certifica que su recibimiento en la corte fué de los más honrosos, y dice que “adolescens namque est et regno et regio sanguine dignus, mirae indolis, forma egregius” (25); y Guicciardini confirma que fué “acogido benignamente” por el rey de España y “tenido cerca de él en las demostraciones extrínsecas con honores casi reales” (26). Su educación continuó a cargo de su preceptor napolitano Crisóstomo Colonna, a quien Galateo le recomendaba (1504-5) cuidar de la italianidad del Príncipe: “Italium

(22) *Cartas del Gran Capitan*, en *Crónicas del Gran Capitan*, cit., xxv-xxvii.

(23) O. c., III, 33 y X, 13, en *Crónicas* cit., 325-6, 433. Otros detalles: ibi, II 42, e. c., 110.

(24) *La Vida y Chronica de Gonzalo Hernández de Córdoba*, trad. por Pedro Blas Torrellas (1554), parte I, al fin, en *Crónicas* cit., 501.

(25) *Opus Epistolarum*, ep. 252: cit. en PRESCOTT, o. c., III, 31, n. 43.

(26) GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, V, 3; e. c., 189, c. 2, seguido por GIANNONE, P., *Storia Civile del Regno di Napoli*, XXIX, 4, ed. Milán, 1846, IV, 413-4.

accepisti, Italum redde, non Hispanum" (27); y fueron destinados a su servicio algunos gentiles hombres, uno de los cuales fué justamente Oviedo, que ya había servido con fidelidad a su padre y a su tía.

La libertad del Príncipe, sin embargo, fué restringida ulteriormente cuando el Rey Católico, estando en guerra con los franceses (1512), descubrió una conjuración, "que había tenido origen en un fraile, enviado ocultamente a Fernando por el Duque de Ferrara", y mediante la cual el Duque de Calabria, que "parecía ir olvidando la adversa fortuna pasada" (27), había convenido secretamente en pasar desde Logroño al campo francés. El intermediario, el napolitano Filippetto Coppola, fué descuartizado, y el Duque de Calabria confinado (noviembre de 1512) en la fortaleza de Játiva, cerca de Valencia, "que solía ser empleada por los reyes de Aragón como cárcel de las personas ilustres ya sea por nobleza ya sea por virtud" (28).

Sin embargo, cuando murió el Rey Católico (1516), muchos napolitanos esperaron que en su testamento, y "por descargo de conciencia" (29), hubiera ordenado la devolución del trono de sus antepasados al Duque de Calabria. Pero, desgraciadamente, de aquella heredad sólo tocaba al Duque, algunos años más tarde (1522), y no por el remordimiento de un moribundo, sino por cálculo astuto de Carlos V, cálculo disfrazado con una apariencia de premio por no haber el Duque querido encabezar la rebelión de los flamencos, la viuda del Rey Católico, Germana de Foix, viuda rica, bella, pródiga y bastante alegre, pero estéril; de suerte que aquellas bodas sellaban la extinción de la dinastía legítima de los aragoneses de Nápoles (30).

También estas bodas provocaban no pocos comentarios e insinuaciones de publicistas. Según Varillas, las nupcias fueron combinadas porque Germana era una manirrota, y el Duque no tenía sino dos pasiones, la de no ocuparse de ningún negocio difícil y la de divertirse cuanto más le fuera posible (recordamos que también el Gran Capitán trató de representar al Duque como ávido

(27) CROCE, B., *La Spagna nella vita italiana*, Bari, 1917, 111; pero pocos años después Colonna retornaba a Italia para actuar como preceptor de Bona Sforza, y el Duque de Calabria volvía a ser un "príncipe español rodeado por una corte española" (ibi, 118).

(27 bis) *Cron. Ms. del Gran Capitán*, III, 33, e. c., 326.

(28) GUICCIARDINI o. c., XI, 3; e. c., 445, c. 2. En Ferrara, en la corte de Alfonso d'Este vivía la madre del Duque de Calabria, la Reina viuda Isabel (GIANNONE, o. c., IV, 424; CHARITEO, Le Remi, est. E. Percopo, Napoli, 1892, I, clxxvii). Acerca de este episodio, v. también CROCE, B., *La Spagna nella vita italiana*, cit., 118. En el castillo de Játiva se enseñan todavía al visitador los alojamientos del Duque de Calabria (*Enc. Espasa*, sub voce Játiva).

(29) CROCE, B., *Storia del Regno di Napoli*, Bari, 1925, 96; cf. *La Spagna nella vita italiana* cit., 109-10. En el momento de la rendición de Taranto, el Gran Capitán habría prometido al Duque "que los Reyes Católicos, sus tíos, le tenían en lugar de verdadero hijo, y le darían tanta parte en sus reinos que le pareciese no le haber faltado aquel reino" (*Cron. Ms. cit.*, III, 33, e. c., 326).

(30) GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, XV, 1, e. c., 602 c. 2; PRESCOTT, *History of Ferdinand and Isabella* cit., II, 24, e. c., III, 404 n. y 419-20, n. 71. Germana fué la segunda consorte del Duque de Calabria, a quien ya Fernando el Católico había dado en esposa una mujer estéril, Mencía de Mendoza (GIANNONE, o. c., 424). En su testamento, el Católico ordenó que el Duque fuera puesto en libertad, con un título y rentas que le permitieran vivir cual príncipe. Pero esta disposición fué aplazada hasta 1533, con aquellos argumentos de que siempre hay abundancia contra los desgraciados (MARIANA, *De rebus Hisp.*, lib. 30, cap. 27, p. 637, cit. en BAYLE, P., *Reponse aux questions d'un provincial*, en *Oeuvres Diverses*, La Haye, 1737, III, 687 b.).

de dinero en extremo), así que su unión no presentaba el más mínimo peligro político. Según Bayle, el matrimonio resultó una pérdida de rango para la reina viuda, a pesar de las ceremonias y la etiqueta con que se le rodeó (31).

9) El Duque de Calabria, pues, todavía cautivo en el castillo de Játiva- y representado en la xilografía que exorna el prólogo del *Claribalte* con figura noble y altiva, una gran espada al cinto y un collar de gemas sobre el pecho, sobre un fondo de castillos almenados-recibía de Oviedo, efigiado en acto de genuflexión, la oferta del poema. Y desde sus primeras páginas, el autor le exhortaba a mantener su confianza, ya que la bondad de Dios obra grandes y sorprendentes mutaciones en las suertes humanas; y, en forma más precisa, hasta le recordaba que "El determinará vuestros hechos con prosperidad et porná en corazon al catholico Rey don Carlos nuestro señor, que os dé la libertad que los vuestros os dessean" (II, v.) (32).

Carlos finalmente hacía poner en libertad al Duque de Calabria (4 de febrero de 1523) (33), pero el príncipe napolitano quedaba decorosamente ligado a su corte. Actuaba de padrino cuando Carlos desposó a Isabel de Portugal (10 de marzo de 1536) (34). De su boca, Oviedo conocía (1525) los detalles del encuentro entre el Emperador y su prisionero, el rey Francisco I, detalles que el cronista incluía en su librito en que narraba la cautividad del rey francés (35). Y todavía diez años más tarde, cuando Oviedo ya residía en Santo Domingo como alcaide de la fortaleza, se mantenía en correspondencia con la corte del Duque. Habiendo éste recibido la noticia de que los turcos habían evacuado Hungría, "no faltó quien de sus aceptos criados me las enviase copiadas hasta las Indias, a esta fortaleza y ciudad de Santo Domingo" (36).

El príncipe que transmitía noticias de Hungría a las Antillas, no dejaba ya más a España, donde, luego de haber quedado viudo de la Germana

(31) BAYLE, 1. c., III, 683-8.

(32) Sanazaro, que Oviedo conoció y admiró en Nápoles (*Quinquagenas*, e. c. 486-7), y que había acompañado al rey Federico en su destierro de Francia, asistiéndolo hasta su último respiro (1504), había formulado en su carta *Ecloga Piscatoria* (compuesta después de 1505; v. 15 y sgg.) un augurio análogo, si bien aún más audaz: "Nam mihi, nam reddita scepra / Parthenopes, fractosque tua sub cuspide reges / canam" (cit. en PRESCOTT, o. c., III, 31-2, n. 43, y en SCHERILLO, M., *Le origini e lo svolgimento della letter. italiana*, II (Milán, 1926), 230, y parafraseado por GOTHEIN, E., *Il Rinascimento nell'Italia Meridionale*, Firenze. 1915, 308-9). También el CHARITEO, en su poemita de la *Pascha* (compuesto entre el otoño de 1503 y 1509) expresa la certidumbre de que Fernando, "D'infrangibil virtù chiaro diamante" volverá a subir al trono, como el sol vuelve a resplandecer cuando se disipan las nieblas (V, 163-184, en *Le Rime del Chariteo*, ed. E. Percopo, Napoli, 1892, II, 4:11-2; cf. I, clxxvii). Oviedo se hace eco de las esperanzas de los secuaces napolitanos del príncipe.

(33) El 3 de febrero de 1533 el Duque llegaba a Valladolid, donde "S. M. le rescibió y trató muy bien" (FORONDA Y AGUILERA, M., *Estancias y Viajes del Emperador Carlos V etc.*, Madrid, 1914, 214).

(34) FORONDA Y AGUILAR o. c., 270.

(35) En *Col. Docc. Inéd. Hist. España*, ed. Marqueses de Pidal y de Miraflores y d. Miguel Salvá, (Madrid, 1861), 419, El Duque de Calabria fué el 2 de Enero de 1526 a recibir la Emperatriz: ibi, 431-2.

(36) Ibi, 488. Carlos V escribía directamente al Duque informándolo de la toma de Túnez (25 de julio de 1535: en FORONDA Y AGUILAR, o. c., 411).

(1538) casaba con la marquesa del Zente (37); donde era nombrado virrey de Valencia (38), y donde moría en 1550, o, según otros, en 1559 (39), en aquella misma ciudad de Valencia en la que se había impreso el *Clari-balte*, y en la que todavía se conserva su recuerdo en el monasterio de San Sebastián, fundado por él (40). El poema que Oviedo le había ofrecido era luego repudiado con desdén por su propio autor. Pero en el frontispicio gotizante de aquel infolio esplende todavía el gran escudo con las armas de los Aragoneses, y cubre toda una página con sus triples barras y las cruces potenziadas de aquella famosísima dinastía, que con el Duque de Calabria se extinguía en una tarda oscuridad.

El símbolo heráldico, llevado y ofrecido al vástago real en el destierro como un último homenaje del caballero y del soldado español que había servido fielmente al Rey su padre, toma pues el aspecto de un desagravio por la traición de que el joven había sido víctima. Pero, cuando se mira, luego de haber leído los augurios y las esperanzas de la dedicatoria, vanos los primeros y frustradas las segundas, aquel grabado dinástico y guerrero se convierte en algo triste: como si fuera un sello sepulcral, una bandera arriada y descolorida, el emblema de un sueño que no iba a realizarse nunca o quizás, aún algo más: el adiós de Oviedo a su mocedad cortesana y caballeresca, a sus años de Italia y de Nápoles, antes de lanzarse a describir e historiar las comarcas fabulosas del Nuevo Mundo.

(37) *Crón. Ms. del Gran Capitan* cit., III, 33, e. c. 326.

(38) En su calidad de Virrey, o "Lugarteniente general", o gobernador, condenaba a la decapitación a la feroz Violante y a su esclava Giannicca, culpables de haber matado cruelmente al seductor de la primera (BANDELLO, M., *Novelle* (1554), I, 42, ed. Flora, Milán, 1934, I, 506-7). Varias cartas de Carlos sobre asuntos del gobierno de Valencia (1542-4) en FORONDA Y AGUILAR, o. c., 513, 522, 525-7, 534, 539, 541, 543, 567.

(39) La primera fecha es dada por PRESCOTT (o. c., III, 31), la segunda por FUETER, E., *Storia del Sistema degli Stati Europei dal 1492 al 1559*, Florencia, 1932, 398.

(40) CROCE, *La Spagna nella vita italiana* cit., 118-9; y en nota: "la società, che si accoglieva in Valenza intorno al duca di Calabria, e la vita di essa, sono descritte nel *Libro intitolato El Cortesano* di Luis Milán (first. nella *Colección de libros raros ó curiosos*, t. VII, Madrid, 1874)"; cf. también ibi, 259.